

El Domingo de Ramos, pórtico de la Pascua de Resurrección.

Estamos ya pisándole las fimbrias floridas al equinoccio vernal, y la primavera ya ha venido sin que nadie sepa cómo ha sido ! Ya hace algunas semanas que en las primeras horas de la noche veáis ascender en la línea meridiana la constelación de Géminis con su atavido de estrellas coruscantes dirigidas por Cástor y Polux, flanqueada por las Tres Marías y acompañada por los magníficos guiños de Orión, ora claros, rosáceos o azules. Magnífico nuncio astral de la primavera. Y también hace algunos días que al anocheecer aparecía por el lado de Poniente, como una arqueada ceja luminosa, el primer creciente de la luna de Nisan, la luna mensajera del equinoccio vernal, equinoccio que precisamente era el marco en el cual se celebraban desde Babilonia y Caldea hasta el Líbano y Siria las grandes fiestas dedicadas a las religiones naturalistas de Adonis y Afrodita, que celebraban la jocunda renovación de la naturaleza. Pues bien, bajo esta misma luna equinoccial de Nisan, el Señor quiso instaurar para pueblo electo, el pueblo israelita, una gran fiesta de carácter espiritualista, la Pascua que conmemoraría la liberación taumatúrgica de dicho pueblo hebreo respecto de la dura servidumbre de Egipto, bajo los Faraones Ramésidas. La celebración litúrgica de la Pascua consistía en el sacrificio de un cordero, por cada familia, cordero sin mancha, el cual se consumía asado al fuego, sin quebrarle ningún hueso, y con cuya sangre se había aspergido las jambas y dintel de la puerta. Desde luego que esta Pascua mosaica era un preanuncio de otra Pascua o Redención que el Señor había de instituir para todo el género humano, en la cual la inmolación de su Hijo unigénito, el Mesías redentor, sublimaría la anterior inmolación del cordero pascual.

La celebración de la Pascua era una fiesta clave en la liturgia hebrea y Jesús, que ya había celebrado con sus apóstoles en Jerusalén, las Pascuas

teriores, quiso celebrar especialmente la que había de ser su última Pascua. Precisamente unos días antes, había manifestado su divina pujanza, al resucitar a su amigo Lázaro de Betania, al hermano de Marta y María, prodigio que hizo llegar al máximo el entusiasmo del pueblo que ya saludaba en Jesús al esperado Mesías. Fué este pueblo el mismo que en el domingo anterior a la celebración de la Pascua, salió a esperar a Jesús, quien desde las inmediaciones de Betania y Betfage se dirigía hacia el valle del Cedrón y de allí entrar en la Ciudad Santa para celebrar después allí la Pascua, que serían para Jesús estos últimos días, en los cuales a las aclamaciones populares del Domingo de Ramos, se sucedieron los rencores, los enconos, la enemiga de los jefes y de los fariseos, de los directores políticos y religiosos del pueblo judío. Jesús hubo de predecir a los apóstoles que le seguían que de la gloria de aquel templo fastuoso no quedaría piedra sobre piedra, y asimismo lloró por la triste suerte que esperaba a aquella ciudad que iba a la deriva y no había querido reconocerle como el Mesías esperado.

En verdad, el Domingo de Ramos es un día de triunfo para Jesús, las aclamaciones, vítores y júbilos que se le dirigieron hicieron estremecer el aire del pacífico valle del Cedrón, y los ramos de palmas, laurel y olivos que se echaron a los pies de Jesús, montado sobre manso pollino, marcaron como una senda de triunfo para nuestro Redentor. Sería el último triunfo de Jesús, el triunfo que le rendían los humildes del pueblo antes de su inmolación. Todo ello son los títulos perennes de gozo y triunfo que nos ofrece el Domingo de Ramos.